

## SEGUNDA PALABRA.

*Et dixit illi Jesus: Amen dico tibi, hodie  
mecum eris in Paradiso.*

Y le dijo Jesus: En verdad te digo que  
hoy serás conmigo en el Paraiso.

Luc. cap. XXIII, v. 43.

¡Cuán grandes fueron las humillaciones de Jesus! A tal grado llegaron sus afrentas, que no contentos los judíos con crucificarle, crucificaron tambien dos ladrones, para que apareciendo en medio de ellos el divino Nazareno, fuese reputado por el mayor criminal. Ni eran bastantes, hermanos míos, las blasfemias é insultos que proferian los ejecutores de la sentencia. Tambien tenia que oír sacrílegas espresiones de uno de los reos que en el patíbulo recibia la pena debida á sus maldades. Los insultos dirigidos á Jesus por los que pasaban ante la cruz, eran precisamente oídos por los ladrones, y el que estaba al lado izquierdo del Salvador quiso en la desesperacion de sus tormentos tomar parte en las burlas, y así dirigiéndose á Jesus le dice: «Si tú eres el Cristo, sálvate á tí mismo y á nosotros (1): mas como no lo eres, como si dijera,

(1) Unus autem de his, qui pendeabant, latronibus blasphemat eum dicens: Si tu es Christus, salvum fac te ipsum et nos. Luc. XXIII, v. 39.

»padecees tú y nosotros tambien; que si lo fueras, ¿qué  
»mejor ocasion pudieras desear que esta para mostrarlo  
»por las obras? ¿Y en quién era razon que mostraras  
»tu poder sino en los que padecen en tu compañía?  
»Que si tus enemigos te han querido deshonrar, ha-  
»ciéndote compañero de ladrones en la pena, tú (si  
»fueras lo que dices) te habias de vengar de ellos,  
»haciendo á estos ladrones compañeros de tu gloria.  
»Mas porque cayó en nuestra desdicha padecer en com-  
»pañía de un hombre mentiroso y embaucador, por  
»eso no tiene remedio ni alivio nuestra pena (1).» Así  
aquel pérfido ladrón blasfemaba del Salvador, culpán-  
dole de lo que padecia por sus delitos. ¡Oh bondad es-  
traordinaria! ¡Oh corazón tiernísimo! ¡Oh pacientísimo  
Cordero! Si en otro tiempo unos osos devoraron á  
unos muchachos porque se burlaron de la calva de un  
profeta, ¿cómo ahora no cae fuego del cielo que con-  
vierta en ceniza al miserable criminal, que estando  
ya en el patíbulo, se burla no de un profeta, sino del  
Rey y Señor de los profetas!

Mas ¡oh tesoros de la providencia! al tiempo mismo  
que aquel pérfido ladrón escarnece de tal modo á Jesu-  
cristo, el otro criminal que estaba al otro lado del  
inocentísimo Jesus, reprende á su compañero, y re-  
conociendo sus pecados confiesa la divinidad del Sal-  
vador y le pide misericordia. «Ni aun temes á Dios  
estando en el mismo suplicio, y nosotros en verdad  
por nuestra culpa somos castigados, porque recibimos  
lo que merecen nuestras culpas; mas este á quién in-  
sultas ningun mal ha hecho (2). Mas te valiera reco-  
nocer su inocencia y acogerte á su misericordia, como

(1) Palma. Historia de la Pasión, cap. XXXIV.  
(2) Luc. XXIII, v. 40, 41 y 42.

yo lo hago.» Desde este instante el corazón de Dimas se enardece, corresponde á la gracia que ya obra en él, y dirigiéndose á Jesucristo, á quién ya reconoce como á su Dios, esclama: *Memento mei, cum veneris in regnum tuum*; acuérdate de mí cuando estés en tu reino. ¡Oh fé extraordinaria! ¡Oh caridad tan grande cuán prontamente adquirida! Jesucristo, señores, que pasó su vida sobre la tierra haciendo bien, no desoye los ruegos y las súplicas de aquel pecador; antes por el contrario, aceptando su oracion le dice: *Amen dico tibi, hodie mecum eris in Paradiso*: En verdad te digo que hoy serás conmigo en el Paraiso.

Hombres pecadores que hasta aquí habeis pasado una vida disipada sin reconocer vuestros pecados, y que habeis negado á Jesucristo el culto y la veneracion que le es debida; criaturas desgraciadas que contentas en la ocasion de vuestra ruina habeis apurado el cáliz de los placeres, y sin temor alguno de Dios os habeis voluntariamente aprisionado al enemigo de nuestras almas, escuchad lo que pasa en el Calvario; estudiad la leccion que hoy se os dá en la cátedra del Divino Salomon, en el leño santo de la cruz: el que vuelve los ojos á Jesucristo y le dirige su palabra é implora su misericordia, no es uno de sus discípulos, que habiéndole visto efectuar prodigios y habiendo escuchado con detencion su doctrina, se dispone á morir en su defensa. No es el ciego de Jericó á quien diera la vista, ni el paralítico de la piscina, que al eco de su voz adquiriera agilidad en sus miembros, ni Lázaro á quien resucitara despues de muerto de mas de cuatro dias. No penseis tampoco que es alguno de aquellos á quienes Jesus alimentara en el desierto con la milagrosa multiplicacion de los panes y los

peces. No se trata de ninguno de estos; trátase, sí, de un hombre de mala vida y peores costumbres; trátase de un ladrón, de un salteador de caminos, de uno de esos hombres que suelen aparecer para mancha y terror de las sociedades; no hay que buscar en él ni mas ciencia, ni mas instruccion que la que le bastaba para llevar á cabo su vida licenciosa y criminal. No habia Dimas leído las Sagradas Escrituras, luego no podia reconocer en Jesucristo ninguna de las señales, por las que le daban á conocer los profetas. ¡Ved aquí la eficacia de la divina gracia!... No habia antes seguido á Jesucristo para aprender su celestial doctrina. Bastóle una ora de leccion en el libro de la vida; bastóle mirar y observar con atencion el rostro de Jesucristo; bastóle ver en aquella paciencia sobrehumana y oírle pedir perdon para sus enemigos, para en el momento trocarse de ignorante en sábio, de pecador en justo, de criminal en mártir, de salteador de caminos en morador de la celestial patria. Es verdad, esclamaria, que he pasado mi vida en la maldad, que he vivido olvidado de mi Dios, que mis culpas no tienen número; pero vuestra misericordia debe esceder á mis pecados: recibid mis lágrimas, aceptad mi arrepentimiento; y puesto que creo en Vos y os confieso verdadero Dios, no obstante veros en esa cruz, yo os suplico que os acordeis de mí cuando esteis en vuestro reino. ¡Oh bienaventurado Dimas, esclama San Ambrosio, que habiendo vivido robando los bienes de la tierra, mueres arrebatando los tesoros del cielo!

Ved, hermanos míos, á donde llega la misericordia de Dios para con el pecador que arrepentido llora sus pecados. No necesitó el buen ladrón años de peni-

tencia, bastándole tan solo una verdadera contricción para oír de los labios del Salvador aquella consoladora promesa que envolvía en sí su perdón: «Hoy serás conmigo en el Paraíso.»

¡Cuánto tenemos que aprender en esta lección que hoy se nos da en el Calvario! ¡Qué pecador, por grandes que sean sus crímenes, rehusará acudir en busca del perdón de aquel Dios que hecho hombre vertió su preciosísima sangre por lavarnos con ella y salvarnos! ¡Quién temerá acercarse á Jesucristo! ¿Acaso el terror que nos infunde nuestra pasada conducta nos retraerá de acudir al Dios de amor que se entregó á la muerte por nosotros? No, dulcísimo Jesús y Padre misericordiosísimo: yo soy tal vez quien más os ha ofendido de los que aquí estamos reunidos: mil veces habré faltado á mis religiosos deberes, mas espero en Vos que usareis conmigo de misericordia, que no me arrojareis al infierno por mis pecados, pues así como tuvisteis misericordia del buen Ladrón y salpicándole con vuestra sangre le purificásteis y en vuestra compañía le llevásteis á la gloria, espero yo y esperamos todos nosotros que nos rocíeis también con esa divina sangre, ya que como Dimas confesamos nuestros pecados y os pedimos misericordia. No seáis ¡oh Dios de amor! no seáis escaso en socorrernos: volved á nosotros una mirada de compasión: arrancad de nuestros corazones con vuestra divina gracia todos los malos afectos, de suerte que no deseemos, que no amemos otra cosa que á Vos para que merezcamos oír como el buen Ladrón palabras de perdón y de misericordia.

En verdad, hermanos míos, que fué grande y extraordinaria la felicidad de Dimas cuando oyó de

labios del Salvador estas consoladoras palabras: «Hoy serás conmigo en el Paraíso.» Empero esta pronta conversión de este pecador, y la prontitud con que alcanza el perdón, ¿nos servirán para hacernos dormir en una ciega confianza? ¿Deberemos por esto entibiarnos en la práctica de las buenas obras? ¡Qué error tan lamentable! Es cierto que la gracia de Dios hace prodigios, como lo vemos en la conversión de Dimas: es cierto que en cualquier hora que llamemos á las puertas de la misericordia, la encontraremos: él mismo nos lo dice, «pedid y recibireis, buscad y encontrareis, llamad y se os abrirá (1).» Mas si nosotros confiados en esa bondad y misericordia dejamos nuestra conversión para más adelante, ¿sabemos si una muerte repentina cortará el hilo de nuestra vida? Y si esto sucede y no tenemos tiempo de pedir misericordia ¿qué será de nosotros? ¡Ah! Que entonces lejos de oír las dulces palabras que oyera el buen Ladrón, solo oiremos esta terrible sentencia que pondrá el sello á todas nuestras desgracias: *Discedite á me maledicti in ignem æternum* (2), apartaos de mí malditos al fuego eterno.

No demos lugar, hermanos míos, á que se cumpla en nosotros tan terrible sentencia. ¡Qué desconsuelo sería que después que Jesucristo ha derramado su sangre por nosotros, nos perdiéramos por no aprovecharnos de su fruto! Procuremos por lo tanto practicar las virtudes, llorando nuestros pasados extravíos, y cuando las enfermedades, la pérdida de los bienes,

(1) Petite, et dabitur vobis; quærite, et invenietis; pulsate, et aperietur vobis. Omnis enim, qui petit, accipit; et qui quærit, invenit; et pulsanti aperietur. Luc. cap. XI, v. 9 y 10.

(2) Math. cap. XXV, v. 41.

las aflicciones nos cerquen, procuremos practicar la paciencia, con lo que imitaremos á nuestro amabilísimo maestro Jesucristo, que no habló ni se quejó en sus aflicciones. Recibamos gustosos todos los trabajos que la Providencia se digne enviarnos, y volviendo nuestras espaldas á un mundo pervertido que nos ofrece en dorada copa el mas sutil veneno, busquemos tan solo á Jesucristo, de quien únicamente podemos esperar la verdadera felicidad. Tengamos siempre fija nuestra esperanza en este Dios de amor que se sacrificó por nosotros en el árbol de la Cruz, y llenos de confianza digámosle que se acuerde de nosotros y nos perdone, que nos dé su divina gracia, á fin de que al prepararnos para morir en su santo ósculo, tengamos el consuelo de oír de sus divinos labios estas amorosas expresiones que pondrán verdaderamente el sello á nuestra felicidad eterna: *Hodie mecum eris in Paradiso*. Hoy serás conmigo en el Paraíso. ¡Sea así, oh Dios de bondad! *¡Fiat, fiat!.... ¡Amen! Amen!*

### TERCERA PALABRA.

*Mulier, ecce filius tuus..... Ecce Mater tua.*

Mujer, hé ahí á tu hijo.... Ahí tienes á tu Madre.

Joan. cap. XIX, v. 26 y 27.

María Santísima habia sido la compañera inseparable de su divino Hijo: habíale llevado por espacio de nueve meses en sus purísimas entrañas: habíale conducido en sus brazos cuando la perfidia de Herodes le hizo huir á Egipto: habia cuidado de él continuamente, y cuando llegó el tiempo señalado por el Eterno Padre para la realización del sacrificio cruento que habia de aplacar su justa cólera contra el hombre, la bienaventurada Virgen María fué testigo de los mayores ultrajes; ansiosa por ver y abrazar al que era la luz de sus ojos y la vida de su alma, corre precipitadamente por la calle de la Amargura, y haciéndose paso por entre las turbas, vé á Jesus cargado con el instrumento de su suplicio, cayendo y levantando, hecho la burla y el ludibrio de aquel pueblo amotinado, ávido por verle derramar hasta la última gota de su sangre. ¡Oh! ¡A qué pluma será dado el poder describir aquella escena desgarradora! ¡Quién